

NÚRIA PÉREZ DE LARA

El pensar del alma, un regalo de la madre

Proemio

No puedo evitar, al plantearme una conferencia en el seminario de Duoda, una reflexión sobre las atribuciones ideológicas —ideológicas, sí— que se hacen a quienes en él colaboran. Digo ideológicas por cuanto, si bien todo pensamiento o todo discurso es un sistema de ideas y el mío por supuesto lo será o tratará de serlo, también se usa este adjetivo para totalizar en uno sólo cualquier sistema de ideas que quiera expresar un pensamiento. Mi primera reflexión pues, es la de que mi intento de sistematizar mis ideas en torno a ese materno tema del *Gratis et amore*, se produce en una práctica de libertad de pensar, que poco a poco y no sin dificultad, he ido construyéndome a lo largo de mi experiencia personal y profesional, en distintos espacios institucionales y sociales, entre los cuales se ha podido contar éste de Duoda.

Sin embargo, creo que es bueno reconocer, bueno para Duoda y bueno para mí, que mi pensamiento no siente ni desea formar parte de una ideología totalizadora que pueda incluirse en forma de doctrina que nos una a las mujeres de Duoda y a mí. Quede dicho de antemano que el que nos une, a las mujeres de Duoda y a mí, es el encuentro facilitado por la libertad de pensar que el seminario ofrece, es decir, que ellas ofrecen. Eso en primer lugar; pero también, lo

que nos une es el deseo de que esa libertad nos permita pensar desde nuestra experiencia femenina; porque la experiencia es algo que se cultiva a lo largo de la vida de cada cual y esa vida se produce, gracias al Amor y a la Naturaleza, en un cuerpo de hombre o de mujer y éste es nuestro caso, es decir, éste es el otro acontecimiento que nos une, el acontecimiento de haber nacido y ser mujeres y el hecho de tener, por tanto, experiencias de mujer y permitirnos pensar desde ello sobre ellas, a nosotras. Podemos, pues, darnos mutuamente las gracias y felicitarnos por ello.

Pudiera parecer que éste es un ejercicio de distanciamiento respecto del Seminario que me invita y, sin embargo, yo lo considero una salutación y un agradecimiento por haber sido contada entre las conferenciantes, un modo de reconocer a las mujeres de Duoda en la afirmación de mi libertad que ellas producen. Pero, por otra parte, creo que es conveniente poner de relieve el hecho de que, y aquí empezaré mi conferencia, cuando se atribuye a un espacio institucional, a un grupo de mujeres o de hombres o a un pensamiento, cualidades de doctrina, algo debemos escuchar ahí que nos está hablando de falta de libertad. Será pues necesario escucharlo, buscar medida, pensar.

1. Prometí hablar desde mi experiencia

La verdad es que esta promesa no sé cuando me la hice. En realidad pienso que nunca he sabido hablar desde ningún otro lugar. Me propuse hacer esta conferencia desde mi experiencia y al hacer el guión que seguramente tenéis, seguí un orden temporal que ahora voy a transgredir. Quizás la necesidad de modificar lo que dije, o dije que diría, es una de las razones por las que tengo, a menudo, el pensamiento de que son excesivas mis palabras. Pero, en fin, voy a alterar el guión por aquello de que hablar desde la experiencia me ha impelido a escribir el proemio que habéis escuchado y por ello debo seguir desde esa experiencia, la última, que no la primera, la de

mujer ya madura, que no la de niña, la de maestra y no la de madre. Aunque, a todo ello, espero, llegaremos.

Mi última experiencia desde la que puedo hablar, es esa de profesora de Universidad en el espacio de Duoda, en definitiva, la experiencia que me ha inducido a escribir el proemio.

Y esa experiencia podría contarse así: Hace tan sólo dos cursos que inicié mi colaboración en el Máster de Duoda a petición de una compañera de la Universidad —Remei Arnaus— con la que compartíamos la reflexión sobre nuestras clases en Psicopedagogía y Educación Social. Se trataba de una reflexión compartida —compartida también con otras profesoras y algún profesor— sobre nuestro modo de ejercer la docencia universitaria, nuestras preocupaciones, nuestros deseos e ilusiones, nuestros distintos saberes y la relación de todo ello con nuestro lugar institucional dentro de la Universidad. De esa relación nació mi aceptación de colaborar en el Máster de Duoda, colaboración que se ha llevado a cabo a lo largo de dos cursos sobre «*Subjetividad, experiencia y saber docente*». El primer año, ese curso nos proporcionó una interesante experiencia en la que, si bien como en cualquier clase hubo sus más y sus menos en participación, interés y buen entendimiento, obtuvimos una cierta afirmación de la necesidad de continuar trabajando dentro del Máster, poniendo en práctica el pensamiento de la diferencia.

Decir esto, es para mí algo así como una redundancia: si planteo en clase la cuestión de la diferencia sexual pongo necesariamente en acto esa diferencia, pero, si trato la cuestión de la coeducación, pongo necesariamente en acto la coeducación, del mismo modo que, cuando el contenido es la cuestión de la integración en educación especial, pongo necesariamente en acto, en mis clases, una práctica integradora.¹ Las tres prácticas nacen y se relacionan con lo que podríamos llamar distintos saberes educativos, sin embargo, las tres tienen en común el modo de hacer de quien las conduce como docente: una mujer que suele basarse en su experiencia para trabajar.

Hasta aquí, bien. El primer curso del Máster de Duoda no provocó ni mayores ni menores quebraderos de cabeza que cualquiera de las experiencias docentes de las que os hablo. Sin embargo, en este segundo curso, la cuestión ha sido bien distinta. Casi desde el primer día, en el que habíamos solicitado a las alumnas matriculadas —que así lo desearan y se vieran con ganas de hacerlo— un texto autobiográfico sobre su propio proceso educativo, obtuvimos no sólo la callada por respuesta— casi unánime— sino la expresión de unas resistencias que, aparte las más o menos comunes de la dificultad de escribir y sobre todo cuando se trata de escribir desde sí y sobre sí, hacían referencia a una pre-supuesta actitud de las profesoras que hacía sentir a las alumnas ante una necesidad de desnudamiento, de algo como religioso, como si el partir de sí y la diferencia sexual supusiera una especie de epifanía, de conversión a la que se resistían, sobre todo porque esperaban en un medio académico, otra cosa. Ya habían trabajado los textos de la diferencia sexual en otras materias del Máster, ahora pensaban que se haría lo mismo con los textos de educación y, sin embargo, no era así.

El que no fuera así no era evidente desde ningún punto de vista pues, incluso se les había entregado un dossier lleno de textos. De lo único que se trataba, quizás, era de leerlos de otro modo: La experiencia de su lectura debía estar conectada a la experiencia educativa que todas hemos tenido, si no como docentes si como hijas y alumnas a lo largo de muchos años. Sin embargo, ese modo distinto de trabajarlos era visto como —yo pensé— una especie de adoctrinamiento, una especie de incursión intolerable en su intimidad ¿Por qué? ¿Qué estaba sucediendo?

Tuve la clave unos días más tarde, cuando leyendo las evaluaciones que mi alumnado hacía de las clases de Educación Especial y reuniéndome con ellos y ellas para comentar y acordar la nota final, muchas de mis alumnas agradecieron el modo de dar la clase *«nos has respetado, has creado un ambiente de trabajo, de rigor y de pensamiento en clase y al mismo tiempo era un gustazo venir a*

clase ¡y eso que era a las ocho de la mañana»; « ha habido muy buen clima en clase, y al principio yo pensaba que sólo aprendíamos eso — actitudes, escucharnos, participar— y ahora me he dado cuenta, al evaluar la clase y evaluarme, de que hemos aprendido un montón de contenidos de E.E. precisamente por eso» Un muchacho, que, aunque había recibido una buena calificación, no había recibido la calificación tan brillante como podía haber esperado antes de comentar su trabajo conmigo, al terminar esa sesión de tutoría final me despidió dándome las gracias, por los comentarios, por la evaluación y sobre todo por las clases, habían sido las mejores de su proceso de estudiante y me animaba a seguir así ¡cómo si él fuera también mi maestro!. También algunas alumnas se despedían en la evaluación con palabras de ánimo. Hubo una reciprocidad en el enseñar y aprender que ahora se expresaba a través de mis alumnos y alumnas que se elevaban a maestras y maestros míos, sin saberlo. Es decir, había sucedido un proceso de mutua autorización. En este caso, es evidente, un proceso de afirmación de autoridad femenina.

Se trata del mismo modo de dar las clases —en las titulaciones de Psicopedagogía y Educación Social y en el Máster de Duoda— puedo asegurarlo, pero no se trata de idénticos contenidos; aunque, los contenidos ¿son tan distintos?: la diferencia de capacidades y la educación; al tratar de la cuestión del sujeto en Educación Especial también hablamos de la diferencia sexual.... incluso puedo afirmar que algunos de mis alumnos y alumnas de esas clases me catalogan como feminista. Pero, nada les podía hacer pensar, en ese marco, que la profesora pudiera «pertener» a ningún sector específico del feminismo. Tampoco, de entrada, podían pensar que se encontrarían con una profesora feminista, como sucede por ejemplo, en las clases de Coeducación que doy en otras carreras, en donde ya lo esperan. Una mirada abierta sobre estas cuestiones, ingenua en el mejor sentido de la palabra, permitió que esas clases fueran vistas sólo como clases de Educación Especial, impartidas por una profesora que les gustó, que estableció una relación personal y de pala-

bra dada con ellos, que les escuchó y aceptó sus propuestas, que pensó con ellos y ellas, que aceptó su diversidad y se rió con la clase cuando el duende de la tontería o de la distracción se presentaba en su propio quehacer... y que resultó ser «feminista», y que quizás también les abrió la mirada hacia otro modo de serio distinto al esquema que de ello se habían hecho; pero, sobre todo, les abrió la mirada hacia otro modo de relacionarse, escuchar y dialogar con sus-nuestras deficiencias y las de los demás.

Sí; el marco en el que se producen las relaciones las llena de significado incluso antes de que se establezcan. Pero, había algo más. Y ese algo más tiene que ver no sólo con el hecho de que el marco establecido crea pre-juicio (mentiría si no dijera que en las clases de Educación Especial no me cuesta romper con el prejuicio academicista, tecnicista y autoritario que impregna el mundo universitario, desde la mirada de las y los estudiantes) sino con el modo de hablar desde el ser mujer en un lugar, el Máster de Duoda, en donde el marco ya dice cómo se hablará de eso.

Y ahí llega nuestro punto crucial de reflexión o el «*Gratis et amore*» del que habla nuestro título.

Las tres experiencias de las que os hablo tienen algo en común y es que, en ellas la experiencia del valor del don no tiene cabida sin fuertes resistencias. Me explico, porque puede parecer un salto mortal pasar de una experiencia en la academia al reconocimiento del valor del don. Y para mí no se trata más que de un salto ¡vital! como dice Daniela Riboli en *Il Profundo della Maestra*.²

¿Qué hacen mis alumnas y alumnos al darme las gracias? Reconocer que en mis clases hay un don —incluso una alumna se despide diciéndome «¡*Sigue dándote como te has dado este año con nosotras! ¡Es estupendo!*» y yo pienso, aunque no suelo decirlo porque temo que pueda parecer arrogante : *no me deis las gracias, es mi trabajo*. En efecto, de lo que se trata es de un don ¿gratuito? de

origen y características, pienso, que es de lo que estamos hablando hoy en este seminario. Pero, ese no tener espacio para sentir el verdadero valor del don de la enseñanza, del don de la maestra y del don de sus alumnas y alumnos, lo he vivido este curso de un modo distinto en los estudios de primer y segundo ciclo de que os hablo y en los estudios del Master de Duoda. Es como si fueran modos distintos de no hacerle un lugar a ese don.

En el primer caso, se trata tan sólo del reconocimiento de que la Academia no suele ofrecer espacio a estos modos de hacer en los que «una se da» y hay que agradecer el que alguien lo haga «gratis et amore». (Gratis et amore, sí, pues lo reconocen todos los que lo agradecen, porque en el fondo saben que esa «parte» del trabajo de la profesora no está incluida en su nómina por mucho que su trabajo se produzca dentro de su horario laboral). En el segundo caso, en cambio, se trata más de un reconocimiento de la imposibilidad de que eso se dé a no ser a cambio de algo muy concreto y muy sutil al mismo tiempo. Yo diría que se trata de la imposibilidad de reconocer que ese don se produce a cambio de nada —por eso es don— y, sin embargo, se siente como algo que se produce a cambio de una adhesión al pensamiento de quien lo da, dándose en él; una adhesión que supone una especie de proceso de adoctrinamiento que obliga a convertirse —a las alumnas, en este caso— en seguidoras de aquella que se da, la maestra Creo que existe en ello una con-fusión entre compromiso y adhesión; una confusión entre el compromiso que supone reflexionar, dándose en esa reflexión al riesgo de lo que en cada una pueda ella provocar, y la adhesión al pensamiento de la otra —la profesora, en este caso— sin darse a reflexionar abiertas a la posibilidad de que algo cambie en nosotras, sea en el sentido que sea.

Pienso que la experiencia que hemos compartido este año profesoras y alumnas del Máster de Duoda en ese curso llamado «*Subjetividad, experiencia y saber docente*» ha supuesto, en gran medida, la aceptación o no de que hay una parte de la tarea de la profesora,

casi prefiero de la maestra, que se refiere siempre a ese don porque, como dice Daniela Riboli, en la educación «*No basta con una profesionalidad genérica, es necesario contaminarse de alegría, de la pasión de vivir en relación, de la generosidad del reconocimiento y de la inquietud de querer continuar sabiendo*»³

Bien pudieran haber sido aceptadas por todas estas palabras desde el primer día de clase, y sin embargo no fue así. Y bien pudiera haber sido aceptado por todas, desde el primer día de clase, que lo que se pretendía con la solicitud de «darnos» unas a otras el «saber de nuestra experiencia educativa» narrándola, no era ni más, ni menos, que eso «*la inquietud de querer continuar sabiendo*». Sin embargo, ambas cosas fueron miradas, o escuchadas por una buena parte del grupo, como una relación de «toma y daca» en la que nada se da a cambio de nada y tanto peor cuando eso parece querer ocultarse tras un pensamiento, el de la diferencia femenina, que pretende elevar a la categoría de orden simbólico esa realidad del *don gratuito lleno de alegría, de pasión de vivir, de reconocimiento y de inquietud por continuar sabiendo...* como uno de los resultados de la experiencia femenina en educación, como uno de los saberes de esa experiencia.

Desde los primeros días de clase, algunas resistencias fueron cediendo, otras, sin embargo, aumentaron y llegaron a convertirse en abandonos. Las mujeres que abriéndose al don de la palabra continuaron compartiendo la experiencia del curso se dieron y nos dieron la posibilidad de pensar algo más de ese «más» que las mujeres llevamos a la educación

2. El no saber de la esperanza

A partir de ambas experiencias, la del abandono y la de quienes nos dieron la posibilidad de seguir pensando, me hice las siguientes reflexiones:

Creo que no hay nada más íntimo e inefable —porque lo íntimo siempre lo es— que lo que la madre nos dio a cada uno de nosotros y a cada una de nosotras. Es algo tan, tan íntimo, que no puede explicarse, no hay palabras para ello.

Por otra parte, ¿hay alguien que pueda pensar seriamente que la educación, sea la que sea (familiar, escolar, mediática...) y del tipo que fuere (tecnicista, humanista, conductista, cognitivista, comprensiva...autoritaria o permisiva... de ciencias o de letras...) no se mete en nuestra intimidad? Si es así, si realmente alguien puede pensar seriamente que la educación no se mete en nuestra intimidad, algo está sucediendo también muy serio: o se nos está robando la intimidad y no la tenemos ya, por eso la educación no la toca, o nos estamos engañando respecto a qué es lo que hace en nosotros la educación.

Pero, como yo tiendo a pensar siempre lo mejor o lo menos malo de las opciones que ante mí se presentan, partiré de que tan sólo nos estamos engañando respecto a lo que hace la educación. El engaño, aceptado con los ojos cerrados, es el de que la educación no se mete en lo más íntimo de nosotras mismas; el de que la educación es algo objetivo, externo, algo que se nos pone por encima como el mejor atuendo para vivir en sociedad y que podemos colgar en una percha cada día al llegar a nuestro hogar para reencontrar ahí nuestra intimidad. Es decir, para reencontrar ahí, algo de aquello que la madre nos dió a cada una y cada uno de nosotros.

Lo que en el curso *Subjetividad, experiencia y saber docente* pretendíamos era sencillamente hablar de verdad de eso que la educación produce en nosotras, hablar de verdad y desde la experiencia verdadera de que la educación afecta a nuestra intimidad. No se trataba de hablar de nuestra intimidad, porque de ella no se puede hablar, sino de ponerle palabras a nuestra experiencia para realizar eso que Luisa Muraro llama *un intercambio en permanente contratación en el que el conocimiento, el deseo, el proyecto, pueden circular y recrearse.*⁴

Tras los primeros días de desentendimiento, nuestro curso continuó y en su transcurrir nos fue dando algunas verdades —compartidas en la narración de diversas experiencias— sobre eso que la educación produce en nosotras, es decir, que la educación toca nuestra intimidad, pone en marcha nuestra intimidad, la hace vivir y moverse, la cambia, la conmueve, pero nunca la descubre. Poner en evidencia eso que hace la educación, no es poner en evidencia nuestra intimidad sino poner en evidencia lo que hace la educación y, en consecuencia, sacar a la luz lo que nosotras hacemos a través de ella; (otra cosa es que, con ello, pueda revelársenos, a cada una de nosotras, algo más de nuestra intimidad).

Y una de las cosas que nosotras hacemos a través de la educación es esa de darnos en lo que hacemos, darnos sin límite previo y darnos a pesar del límite dado: *«me relaciono muy intensamente y emotivamente con lo que explico... y cuando me doy cuenta de que nada les llega me desvasto»*, *»la materia que imparto me apasiona, es importante no sólo para la formación profesional que buscan sino para la vida, sin ella la vida no sería lo mismo...»* Son palabras de alguna de las experiencias narradas, experiencias en las que lo que «falla», lo que duele, es no alcanzar una relación con alumnas y alumnos en la que se consiga transmitir algo de ese amor, de esa pasión, por lo que una enseña y algo de ese amor y de esa pasión con la que una enseña. Porque la misma profesora dice *« la materia no me preocupa, lo que de verdad me preocupa es lo otro, la relación que tienen conmigo... quizás espero demasiado»*

Pensar que una espera demasiado es lo mismo que pensar que una no sabe lo que espera, no ponerle límites a la esperanza y encontrarlos sin embargo, en la relación. Por eso, a ese no saber de la esperanza se le ponen las palabras «quizás espero demasiado». Y yo pienso siempre ante esas palabras que, quienes las dicen, como las madres, lo esperan todo, lo mejor, el máximo y que, como las madres, lo dan todo, lo mejor, lo máximo.... Es queja habitual: «hemos hecho todo lo posible, lo mejor que hemos sabido.... no sé

quizás esperábamos demasiado.» Y hablando de la espera, de la espera de lo bueno...¿Veríais mal que pasara a hablar ahora del estado de buenaesperanza? y claro está, ¿que hablara un poco de la madre?

Para hacerlo ahora me referiré a otra experiencia, una experiencia muy cercana en el tiempo a esas que os narraba y al mismo tiempo muy lejana: mi experiencia de relación con mujeres tocadas por el signo de lo que ellas llaman la discapacidad manifiesta o como algunas de ellas se han nombrado en su asociación entre mujeres, una experiencia con las «mujeres no estandard»

3.- «*Contra nuestras madres* »

Esta frase que encabeza esta parte de mi reflexión fue pronunciada por una mujer, en unas jornadas en las que se hizo pública la práctica de la autoridad femenina por gran parte de las mujeres allí presentes, muchas de ellas las mismas organizadoras, las «mujeres no-estandard». ⁵ La he elegido para, ahora, un poco más distante de aquellos momentos, poder reflexionar desde la con-moción que en mí produjo. Fue una frase dirigida a mí que, como ponente en una de las mesas en la que se trataba precisamente de «*La autoridad del discurso de la mujer con discapacidad manifiesta*», había pronunciado concretamente las siguientes palabras: «*Es ahora, cuando empezamos a reconocernos entre nosotras, sabiendo que ese «ahora» no es más que un presente de relación entre las mujeres que, como todo presente, incluye en él, pasado y futuro. Quiero decir, por ejemplo, que incluye el pasado de aquellas mujeres que, creando vida y produciendo libertad para esa vida (una libertad que a veces pasaba por el cuidado del otro y el cuidado de las relaciones en nuestra cotidianidad, como han hecho muchas de nuestras madres, abuelas y maestras) nos han permitido relacionarnos hoy — que es ya el futuro de ellas— reconociéndonos autoridad.*»⁶

Fue en la hora larga de diálogo que siguió a las ponencias de la mesa cuando apareció, ya casi al final, esta dolorosa frase, referida al movimiento de personas discapacitadas, al movimiento feminista y a la experiencia de una mujer, que la sentía al parecer compartida por muchas de ellas: «*Has de tener en cuenta que nosotras todo lo que hicimos sólo lo pudimos construir en contra de nuestras madres.*»⁷ Tomaban la palabra unas y otras en un profundo debate sobre la cuestión de su movimiento, las diferencias entre ellas, los momentos en que ese movimiento empezó a sentirse como «perdedor»... Pero en mí, seguían resonando esas palabras diciéndome que en ellas estaba la clave de lo que allí se debatía. No pude, sin embargo, expresarlo. Intentaré ahora, en ese espacio que se me regala y porque pienso que es de eso de lo que se me pide hablar, ponerle nombre a esa barrera entre su experiencia y la mía, a esa barrera entre mi silencio y la voz que en él se gestaba, aún sin dejarla brotar.

Pensaba yo, ¡cuántas cosas no habremos hecho contra nuestras madres! pero, sobre todo, estar orgullosas de haberlo hecho contra ellas y decirlo con rabia. Cuánto dolor en esa rabia, pensaba también, y cuánta injusticia para nosotras, sí, para nosotras, que habiendo construido lo que creemos haber construido desde nuestro deseo, matamos la fuente misma de ese, nuestro deseo. Más fríamente: ¿qué otra cosa puede haber hecho una mujer contra su madre? Respuesta más fría todavía: haber nacido.

Sí, quizás en las palabras de esa mujer feminista que aducía ese «contra la madre» para sus logros feministas, había una ignorancia, una negación: la de que es posible que muchas de las mujeres que nos parieron, lo hicieran contra su voluntad, es decir, desde esa imposición de la biología como destino, contra la que las feministas lucharon.⁸ Si ahora somos capaces de reconocer que la maternidad es un don, una potencia, una capacidad que podemos libremente ejercer, libertad desde la cual podemos empezar a reconocer que ese deseo de maternidad puede no ser común a todas y cada una de

las mujeres, ¿por qué no empezar a aceptar que quizás algunas de nuestras madres no deseaban tampoco serlo y por tanto que nacimos, precisamente, en contra de ellas? Y sin embargo, cuando nacimos, cuando nos dieron al mundo y nos dieron el mundo, nos regalaron, tras su dolor, el diálogo de la mirada, el placer de sentirnos mecidas y arropadas, el contacto de la caricia que afirma tan sólo con su roce nuestra existencia, la sobreprotección incluso, contra la que, orgullosas, nos rebelamos.

¿Por qué, pues, no empezar a aceptar que de la negación del deseo de muchas de nuestras madres nació realmente nuestro propio deseo? ¿Por qué, pues, no empezar a aceptar, puesto que lo sabemos, que sin eso, sin todo ese dolor y el regalo que a continuación a su pesar produjo, no es posible que se dé y crezca la vida, nuestra vida de hoy? Es decir que sin ese don de nuestra madre nada sería ya posible.

Contra nuestras madres; no era la primera vez que oía una frase semejante, lo escribí en el guión inicial de esta charla de hoy: mis alumnas de la asignatura de Coeducación en Educación Social, no lo dicen con tanta crudeza, pero sí con el orgullo de haber llegado a ser «más que sus madres» y «a pesar de sus madres», renegando de lo que ellas tuvieron que hacer y disfrutando de haber conseguido no tener que hacerlo.... Pero, esa consecución, la refieren sin rubor a sus estudios, a su profesorado, a la escuela y a la universidad...nunca a sus madres sino, cuando menos, «a pesar de sus madres».

En nuestras clases hacemos una pequeña reflexión con datos sacados de su propia experiencia: «*Quién hacía qué en casa cuando nosotras teníamos menos de 14 años?*»⁹ Ellas (y ellos) van descubriendo que las madres hacían siempre prácticamente todo y que los padres hacían poca cosa; van descubriendo también, ellas (y ellos) que hijos e hijas hacen bien poca cosa en sus casas; de modo que cuando comparamos el «modelo de madre» que resulta de la pequeña encuesta reflexión de la clase, ese «modelo» no encuentra reflejo

alguno entre las hijas que son mis alumnas y cuando comparamos el «modelo de padre», éste sí encuentra su reflejo entre los hijos, mis alumnos, pero, ¡Oh sorpresa!, también, entre las alumnas.... Quiero decir que vemos, en esa comparación, que las hijas han cambiado, no son como sus madres sino como sus padres en todo esto del cuidado de la infancia y de la casa, y que los hijos no han cambiado nada, siguen siendo como sus padres.... Continuando con las reflexiones a partir de esa pequeña experiencia en la clase, vemos también que, la mayoría de las madres de esas alumnas, además, trabajaban fuera de casa y que, si acabamos preguntando por qué piensan ellas que sus madres asumían lo laboral y lo doméstico, muchas de ellas dicen: *para que nosotras podamos estudiar, piensan que no es justo que si no se lo piden a mi hermano, me lo pidan a mí,... etc.* Incluso, muchas, acaban reconociendo que ellas hacen muchas cosas de la casa porque les dan pena sus madres, no porque las valoran, sino porque les dan pena y otras acaban expresando que son ellas mismas las que han conseguido un cambio en su padre, ellas, no su madre sino ellas, a pesar de su madre.

Y ¿por qué resulta tan difícil caer en la cuenta de que las madres, esas madres que aparecen a los ojos de sus hijas, mis alumnas, como víctimas, abnegadas y renegadas, lo único que están diciendo, sin nombrarlo, es que esperan todo de sus hijas? ¿No será que acaso esperan demasiado?

Quizás las mujeres deberíamos empezar a hablar de ese «esperarlo todo», de nuestras madres; deberíamos, quizás, empezar a sacar algún saber de ese no saber de la esperanza de las madres, incluso de las que no quisieron serlo y sin embargo lo fueron. Esas madres de mis alumnas, esas madres de las mujeres que sienten haberlo hecho todo «a pesar de o en contra de» sus madres, ¿qué esperaban de sus hijas? ¿Acaso no esperaban demasiado? o ¿es posible que esperaran incluso esa negación de sí, de parte precisamente de sus hijas? No quiero creer que esperaran demasiado: por ello, no puedo creer que esperaran esa negación de sí por parte de sus

hijas, porque yo no la espero de ningún modo de mis alumnas y no creo merecer mayor reconocimiento que el que merecen sus madres. O ¿es que yo también espero demasiado?

Quiero detenerme un momento en eso de la esperanza hacia el otro, la otra en este caso, la hija, la alumna. Creo que la medida de esa esperanza, esa aparente desmesura, no es más que la medida del respeto que el otro, la otra, nos merecen. Espero más de aquéllas a quienes más amo y respeto... lo espero todo y a la vez nada, espero lo que la relación con ellas quiera darme, pero mi esperanza es un horizonte abierto, sin más límites que los que la relación produzca; y esa esperanza sin límite es la medida de la generosidad, aquélla que se mide tanto por la capacidad de dar, de darse, como por la capacidad de dejarse dar,¹⁰ es decir, la capacidad de reconocer que toda relación de amor y respeto, es un don, un regalo, que como tal, no tiene medida, al menos en el sentido cuantificador que esta palabra habitualmente tiene.

4. Porque la ternura profunda sabe y presente. María Zambrano.¹¹

Por supuesto yo no he hablado con las madres de mis alumnas. No sé lo que esperaban de ellas; sólo sé lo que yo siento cuando ellas niegan el valor de las vidas de sus madres, aunque sólo sea olvidándolas a la hora del reconocimiento. No he tenido hijas, pero, tengo alumnas y me siento en el deber de hacerles comprender el valor cultural, educativo, de la relación de crianza, por ejemplo, o de la relación de cuidado de las pequeñas cosas, que hacen de nuestra vida cotidiana una vida culta. Por qué ¿qué es sino la cultura?

Pienso, como dice María Milagros Rivera,¹² en referencia también a Luisa Muraro, que la cultura es el fruto de un «*don de la madre*», *un don que regala a cada criatura que nace enseñándole a hablar. Es el don que civiliza, que humaniza. Al enseñar a hablar, la madre*

enseña el mundo, enseña lo que se llama también el orden simbólico. Porque las mujeres vamos ordenando día a día el mundo con la palabra: por eso hay tantas mujeres que escriben poesía» En efecto, lo creo así y pienso que cada día nos agarramos más a esa creencia porque no es otra cosa sino un reconocimiento de una verdad.

Pero, las mujeres y las madres ordenamos también otras cosas que no son palabras. Y ese otro orden que producimos es también un orden simbólico, o al menos, así lo creo yo. Pues, antes de la palabra, para que la palabra nazca en quien la recibe, es necesario que pueda escucharla, es necesario que se haya establecido ya un diálogo humanizador; ese diálogo de la ternura profunda de que nos habla María Zambrano, una ternura que sabe y que nace en cada madre, incluso siéndolo contra su voluntad, ante la presencia de su criatura. La ternura que sabe acariciar, dando ya con esa caricia, un orden al mundo; el orden que nos permite sentirnos con un lugar en él. Un orden, que procede de la demanda profunda de toda criatura humana al nacer, la de tener un lugar en el mundo. Un lugar sin el cual no habría palabras. Ese primer orden, del recibimiento, de la acogida, que con la caricia expresa la primera relación verdaderamente humana y que buscamos necesariamente en toda relación amorosa, es en realidad, expresión de la única relación que crea vínculo social, que crea civilización, que crea cultura, expresión de la profunda aceptación de nuestra existencia por «el otro», por otra, la madre «o quien por ella».

Hoy toda psicología sabe que sin ello no hay humanización posible. Sin embargo, habiendo convertido ese saber en conocimiento — que juzga, debate, clasifica, delimita, aplica e impone— ha falseado ese saber renegando de él, por haber ocultado, taponándola, su fuente. Quienes nos dedicamos a la educación, sabemos muy bien, cómo se expresa dicho conocimiento en los textos de psicología. Sabemos muy bien cuántas técnicas se han inventado para reducir, recomponer y atrapar ese saber de las madres, para aplicar el

conocimiento científico en aquellos casos en los que esa relación falte o, por alguna razón, se altere (porque por supuesto que hay madres que no pueden darla, el dolor en el mundo es tan grande como lo puede ser el goce, no lo olvidemos y, por tanto, la posibilidad de rechazo tan grande como la de aceptación: el valor simbólico de la enseñanza de las madres radica precisamente en el hecho de que, ante la posibilidad de lo uno o lo otro, ellas han hecho posible con sus vidas reales que nosotras aprendamos, de nuestra relación con ellas, que es esa «aceptación del otro» la verdadera fuente de vida social.

Y a poco que escuchemos esos discursos psicopedagógicos, sabremos también de dónde nace ese conocimiento: de la observación «objetiva» de una actividad «natural» de las madres que sólo al ser objetivada se convierte en científica, es decir, en «cultura». Sin embargo, quienes tenemos experiencia en este sentido, también sabemos que cualquiera de esas técnicas es inútil si quién las pone en práctica no tiene algo de ese saber profundo de la ternura, algo que le puede hacer ocupar realmente el lugar de la madre, que le puede hacer **ser** ese «quien por ella» —olvidando en ese **ser** todo el conocimiento que la ciencia pretende haber creado— y permitiéndole recuperar en sí, la experiencia primera de haber recibido el regalo de un lugar en el mundo, un regalo de la madre.

Y a la par que el orden de la caricia, hay otro modo de entrar en relación dialogante y de crear un orden en esa relación: el de la mirada de la madre. Una mirada que expresa, sin rozar, sin tocar, manteniendo el abismo y a la vez el lleno de la distancia, la plena aceptación del sentimiento producido por la presencia de la criatura: la aceptación del otro sin mí, la aceptación sencillamente del placer o el dolor de ver al otro, a mi criatura, existiendo más allá de mí. Esa mirada, crea también orden simbólico, el orden necesario para que nazca la palabra o el orden necesario para que, incluso ante la imposibilidad extrema de la palabra, se dé una relación humana y humanizadora. Creo fundamental insistir sobre ese necesario «an-

tes de la palabra» como fuente de lo simbólico, porque hay tantas madres que, faltas de palabras, las han hecho posibles en sus hijas, que lo siento como una verdad ineludible.

Y ¿qué decir del orden de las pequeñas cosas, del orden de lo doméstico, de lo más relegado, como puede ser el orden físico y tangible en nuestros cuerpos, el orden material de sus productos, el orden de las cosas con las que nuestros cuerpos se relacionan y de las que nuestros cuerpos viven? ¿Es el mantenimiento de ese orden mero y desechable efecto de la esclavitud y el sometimiento de las madres? ¿Es por tanto algo que debemos rechazar para ser más cultas, más libres, para crear una sociedad mejor? También saben los psicólogos que con ese orden cotidiano se relacionan y se construyen, como ellos dicen, nuestras estructuras cognitivas. Pero, también sabemos, nosotras, que nuestra dedicación al orden de las cosas no es «sometimiento al otro» sino, en la mayoría de las ocasiones, deseo de vivir placenteramente y deseo de esa vida placentera para el otro, tanto como para nosotras. Y eso no sólo si hablamos de mujeres económicamente privilegiadas sino también , y quizás en mayor medida, cuando nos encontramos ante situaciones de pobreza material convertida en un tesoro de riqueza, estética, espiritual, en definitiva vital, por obra de las mujeres que en esa pobreza viven haciendo posible y bella la vida de todos.

No voy a repetir el análisis respecto de cómo ésto ha llegado a ser conocimiento psicológico a la par que rechazo de una realidad cultural, necesaria, aportada y recreada día a día por las mujeres. Sobran las palabras y sobran porque se trata del discurso simbólico que, todos lo reconocen, existe ya en el orden de las cosas.

Pero, si las mujeres continuamos aceptando que esas tareas de nuestras madres no crean cultura , cultura fundamental, y planteando que se trata tan sólo de un trabajo y de una pesada carga que , en justicia, hay que repartir o convertir en algo sólo intercambiable por dinero, estaremos también renegando de una aportación fundamen-

tal en la armonía cotidiana que toda cultura debe recrear, recreándose en ella; aportación, claro está, de las mujeres al mundo en la cotidianeidad de sus historias, en la cotidianeidad de sus saberes, en la cotidianeidad de su experiencia.

¿Era necesario que alguien convirtiera todo eso en «conocimiento científico» para que se tratara de cultura? o más bien, ¿lo necesario era y sigue siendo que cada una de nosotras reconozcamos el valor cultural de todo esto en las historias de nuestras madres, aunque ellas no hayan sido científicas sino precisamente en la medida en que no lo fueron, a Dios gracias, nunca mejor dicho?

5. El regalo de la madre o el pensar del alma

Para terminar quisiera referirme a unas palabras de Luigina Mortari, que en el primer apartado de un texto titulado «*Pensare facendo*», referido a la experiencia de una mujer que se hace cargo en su vida cotidiana de la tutela de muchachos y muchachas que, por razones diversas, quedan temporalmente sin familia, nos dice «*Dejarse afectar por el sufrimiento de los demás y hacerse cargo de él es un modo esencial de hacer trabajo civilizador. (...) No es verdad que el dejarse afectar por el otro, el ser copartícipe de su sentir, cree desorden y, por ello, impida una acción eficaz; antes al contrario, es la condición necesaria de aquel «pensar del alma» que introduce un principio de orden diverso, el orden de una razón encarnada y sensible, que construye saber, no trabajando en torno a conceptos según procedimientos predefinidos, sino a partir de la interpretación de la mirada del otro, de sus gestos, de su modo de entrar en relación o de sustraerse a ella*»¹³

Dejarse afectar por el sentir del otro es lo que suelen hacer todas las madres, pero, sobre todo aquéllas que, no habiendo querido serlo, cambian su no deseo en verdadera aceptación de la presencia del otro o de la otra, dejándose afectar por su necesidad, por su desnu-

dez, por su desvalimiento, es decir, dejándose afectar por su demanda profunda de vivir en el mundo; y así, empiezan a saber y a alumbrar un saber sobre sí mismas, que pone en marcha ese «pensar del alma» que une sentido y sentimiento, que pone en relación lo más íntimo de sí con lo más íntimo del «otro», movilizando ambas intimidades para alcanzar, así, lo esencial del estar en el mundo con los demás. Se trata de un saber que nos enseña, como canta Martirio,¹⁴ que *el cuerpo no tiene la culpa de ná*, ayudándonos a vivir más allá del cuerpo, sin culpas.

Ese saber es, también, el que nos conduce a muchas de nosotras a dedicarnos a tareas de esas llamadas «específicamente femeninas» (del cuidado, de la salud, de la educación, de la relación...) pero, a su vez, es también ese saber el que muchas otras mujeres llevan a sus profesiones en las que, aunque no sea la relación lo que se piensa como centro de su acción, ésta permanece siempre presente en las decisiones que encaminan su vida profesional y es ese saber lo que les hace sentir a ellas —tras los desencuentros, los bajones y las dificultades que esa experiencia nuestra acarrea— que pueden acabar cantando la copla de Martirio, en cada re-nacimiento:

*«He visto color
se me ha quitao el muermo
jay! cómo me alegre,
he visto color.
Pedazo de punto
que me estoy cogiendo,
qué puntito tengo,
que me gusta tó»*

Así es cómo, unas y otras, llevando dentro ese saber de la madre, incluso en su contra, sostenemos el mundo o al menos, gran parte de la poca armonía que en la vida cotidiana —la doméstica y la laboral, la pública y la privada— pueda quedarle. O así lo veo yo, por la gracia de las madres.

Y así es cómo, tras los desencuentros y bajones de mi práctica profesional producidos por las dos experiencias que os he contado —la del Máster Duoda y la de «las mujeres con discapacidad manifiesta»— he podido escribir estas palabras para vosotras. Gracias a vosotras pero, sobre todo, a vuestras madres que hicieron posible que hoy, vosotras, me escuchéis.

notas:

1. Mis clases en la Universidad se desarrollan en las carreras de Psicopedagogía (Educación Especial) y en Educación Social (Coeducación y Educación no sexista).

2. El texto a que me refiero es "Il salto in alto" en el apartado presentado por Luisa Muraro "Fare compagnia alla mente enferma" en el libro de DIOTIMA "*Il profumo della maestra*", Napoli, Liguori Editori, 1999.

3. En el texto citado.

4. (Cuarta Lección de Luisa Muraro en el Seminario Diótima de 1999).

5. "*¿Quina és la construcció social de la discapacitat manifesta en la dona?*" Universitat Autònoma de Barcelona, 22, 23 i 24 de març de l'any 2000, organitzat per "Associació DONES NO ESTANDARD".

6. "La autoridad del discurso de la mujer con discapacidad manifiesta" Mesa nº7 de las Jornadas citadas arriba. Ponencia de Nuria Pérez de Lara.

7. También alguna observación semejante a ésta se produjo en el curso *Subjetividad experiencia y saber docente* del Máster de DUODA al que me he referido antes.

8. Debo el nacimiento de esta reflexión a una interesante y apasionada conversación sobre nuestras madres con Caterina Lloret y Núria Fernández, amigas y compañeras de trabajo.

9. Utilizo un pequeño cuestionario que elaboré para mi investigación de tesis doctoral sobre "La construcción de la autonomía en las mujeres" Facultat de

Psicología U.B. 1992. En él aparece un listado de tareas y un listado de actitudes sobre lo doméstico que sigue resultándome de gran interés para reflexionar hoy mis clases, con alumnas de edades semejantes a los de aquellas mujeres que me ayudaron en 1989 y 1990 con sus respuestas y reflexiones. Las madres de aquellas alumnas, también, sorprendentemente, trabajaban fuera de casa y lo hacían "todo" en casa.

10. Esa enseñanza la recibí de las niñas con grandes discapacidades motóricas con las que viví mi primera experiencia profesional, mi relación con una de ellas Montserrat Enric, fue fundamental en este sentido ya que con ella aprendí algo sobre la arrogancia de aquella que sólo sabe dar y la necesidad de cuestionarla, dejándome dar. He leído últimamente un precioso texto de Milagros Rivera que lo expresa muy bien "*Dona i tradició multicultural*" Festa de trobadors a Castelló d'Empúries, setembre de 1999.

11. María Zambrano, "Desde la Habana a París" en María Zambrano *Delirio y Destino*, Madrid, Mondadori, 1989.

12. En el citado texto *Dona i tradició multicultural*.

13. Luigina Mortari, "Pensare facendo" en *Il profumo della maestra*, antes citado.

14. Martirio y Kiko Veneno, "He visto color", en el C.D. *He visto color. Por sevillanas*.